

«Piénsalo.

«Voy á Biarritz.

«Allí esperaré un mes tu respuesta.

«Si me rechazas, me salto la tapa de los sesos.»

La baronesa respondió el mismo día con sequedad insultante:

«No sé si tendrá usted valor para realizar su amenaza.

«Lo dudo.

«Pero nuestros lazos no son de los que se rompen.

«Quiero ser duquesa.

«Viva usted.

XI

CONSEJO DE AMIGO.

Han transcurrido siete meses.

La temporada de invierno tocaba á su fin en París.

Estaba muy adelantado Mayo.

Luisa Renaud había tenido tiempo para calmar su dolor.

Hacia quince meses que se había quedado viuda y su luto había concluido.

Volvió, pues, á las antiguas costumbres en su

magnífico palacio de la calle de Mesina, donde continuaba viviendo en fraternal intimidad con el banquero, siempre carifiosísimo.

El banquero le daba continuas pruebas de la más indulgente amistad, permitiéndola sacar dinero sin tasa de la caja, considerándola como asociada, por un acuerdo tácito, á la casa Bresson, dejándola en completa libertad y dándole, los días que comían juntos, lo que á menudo sucedía, algunos consejos respecto á sus negocios, cuya dirección ella había tenido la idea feliz de abandonar al banquero.

El barón, con su tacto, su habilidad y mil atenciones delicadas y espléndidas, había logrado la confianza de la baronesa, hasta el punto de que Luisa nunca consultó á otra persona que á él.

Por otra parte, con el testamento, cuya validez jamás había sido puesto en duda por el banquero, se creía segura de cualquier revés.

No habían arreglado cuentas, pues el barón siempre hallaba algún pretexto plausible para demorar esta formalidad.

Las cosas marchaban como en vida del difunto. ¿A qué contratos y papelotes? Siempre había tiempo de hacerlos.

La casa Bresson era de inquebrantable solidez y sus libros de intachable y minuciosa exactitud.

Sin embargo, el primero de Enero, el barón había entregado á su cuñada el inventario cerrado y firmado en la noche anterior.

El caudal de los dos hermanos ascendía á sesenta

y tres millones en junto; siendo de advertir que los inmuebles habían sido tassados muy bajos.

Sólo los valores, evaluados con prudentes rebajas pasaban de sesenta millones.

A la baronesa, en virtud de la donación de su marido, pertenecía la cuarta parte de sus bienes.

Así, lo creía, al menos.

Con tal fortuna, se puede dormir tranquilo.

Si surgía alguna cuestión, se pondría el remedio, pero no había síntomas de tal cosa.

Al contrario.

Puede suponerse que una viuda tan rica, tan joven y tan bella, estaba muy asediada de pretendientes.

Pero á ninguno prefería ni siquiera hablaba del duque.

El barón Noel, llegó á tener un momento de inquietud.

El duque había desaparecido, y era verosímil que, á causa de la aventura de Ivona, hubieran roto sus relaciones los dos amantes.

La ausencia del duque duró hasta fines de Marzo.

Entonces volvió á presentarse en casa de la baronesa, y sus visitas fueron siendo frecuentes.

El señor de Vaudrey había experimentado un cambio ventajoso.

Era formal, serio, irreprochable, comedido, muy elegante, pero grave y juicioso.

Corrió la voz de que acaso fuera el elegido de la baronesa.

Pronto se les vió paseando á caballo en la aveni-

da de las Acacias, hablando familiarmente, y el mes de Mayo, no hubo recepción de la baronesa á que el duque no asistiese puntualmente.

Pero, siempre amable con el barón Noel, Luisa no se decidía á abordar la cuestión de matrimonio, sobre la cual no desplegaba los labios.

Sin embargo, una noche, después de una comida de confianza, la baronesa quedó á solas con el banquero.

Luisa llevaba un traje violeta muy descotado. Su blanco pecho resplandecía á la luz de las arañas y candelabros del vasto salón; sus cabellos rubios, en ondas, dulcificaban los rasgos de su semblante; sus magníficos brazos de correctas líneas salían desnudos hasta las hombreras del cuerpo, sostenido por simples broches.

Estaba, en verdad, asombrosamente seductora.

Miró al barón, vaciló, se mordió los labios, lanzó un suspiro, se decidió, y dijo:

— Quisiera consultarte.

El banquero sonrió. La hora de las confidencias llegaba.

— ¿Sobre qué? preguntó.

— Sobre un asunto delicado.

— ¿De dinero?

— No.

— Es que en otros no soy competente.

— Voy á enojarte quizá.

— No es posible.

— O á darte un pesar, al menos, y eso me detiene... hace algún tiempo.

—Comprendo, dijo el barón con cierta tristeza, se trata de matrimonio.

—Precisamente.

Hubo un momento de silencio.

El barón lo rompió.

—Es que yo no tengo el ánimo suficientemente libre, dijo, para tratar contigo de ese asunto.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Por qué?

—Escúchame primero.

Aceró su silla á la de la viuda.

—Dentro de un mes, hará años que te casaste con Santiago.

—Así es.

—Pues por eso no me he casado. Santiago se me adelantó. Yo hubiera hecho la misma elección. Pensé que no hallaría mujer tan perfecta; la comparación me hacía odiosas á las demás. De amar menos á Santiago, creo que hubiera envidiado su felicidad. Su muerte ha cambiado mi carácter. Me he hecho caprichoso, raro y gruñón. Con un ente como yo, amigo solo del silencio y de la soledad, sería desgraciada cualquiera mujer. Sería lo mismo que encerrarla en un claustro. Las mujeres han sido hechas para la luz, el ruido, las flores y las fiestas: necesitan aire y sol. La elegida por mí hubiera sido mi víctima.

—Te calumnias, dijo Luisa con extremada dulzura, porque conviniéndole la amistad del barón, deseaba conservarla á toda costa.

—No, en verdad—respondió el banquero.—Lo he pensado bien. Nada nuevo te diría confesándote que eres mi tentación; ni hay peligro en que te lo diga puesto que nos vamos á separar. Muchas horas he pasado reflexionando. Quería, y luego no me atrevía. He tenido, respecto á tí, timideces de colegial; He optado, al fin, la resolución de eclipsarme. Mi edad me ha parecido insuperable obstáculo. Mi adorado hermano ya no existe. Me resigno. No tengo parientes. Tendré algunos amigos: tú estás aquí, tú seguirás siendo toda mi familia, si quieres. Para mí eres una hermana, una pupila y una hija; pero, no sin pesar, presiento lo que me vas á decir. ¿Conque estás próxima á volverte á casar?

Luisa inclinó modestamente la cabeza.

—¿Crees que voy á oponerme? ¿Crees que por egoísmo, iría á condenar al celibato á mi hija ó á mi hermana. No, Luisa. ¿Con qué derecho había de imponerte una condición que á ellas no les impondría? Procura únicamente hacer una elección que asegure tu dicha.

—Por eso precisamente son mis temores.

—¿Respecto á tu fortuna?

—Primero.

—¿Y después?

—El pasado de mi pretendiente no me inspira absoluta confianza.

—¿Qué edad?

—Unos treinta y seis años.

—¿Qué reputación?

—Mediana.

—¿No habrá perdido la honra?

—¡Oh, no! Pero arruinado por dispendios insensatos, por locuras de la juventud, me hace temer, á pesar de sus protestas, un porvenir azaroso.

—¿Te ama?

—Lo dice.

—¿Y tú?

—Esa es la cuestión.

—¡Pero en fin!—insistió el banquero.

Luisa hizo un esfuerzo y respondió en voz baja:

—Sí, me agrada, lo confieso. Quisiera aborrecerle, pero tengo que reconocer que me atrae y me fascina. Entre mis muchos admiradores, porque no puedes figurarte cuántas pretensiones oigo.....

—Sí—dijo el barón cortesmente.

—El solo tiene el privilegio de agradarme. No será un matrimonio por amor..... No lo sentiré nunca..... Creo.....

—Pero tampoco por conveniencia—dijo el banquero con amable sonrisa.—¿Por qué, pues?

—Te burlas y no te falta razón. Pues bien, seré sincera con mi confesor..... Es un matrimonio por vanidad.

—¡Oh!

—Con vergüenza lo confieso. Lo que más me atrae de mi futuro, es su título.

—¿Ese título es un capital?

—El único que le queda, según creo.

—¿Se llama?

—¿Vas á refirme?.....

—Quizá.

—Prométeme hablarme con franqueza.

—Con mucho gusto.

—Aunque sea duro tu parecer.

—Bueno.

—Es el duque de Vaudrey.

El banquero se mordió los labios.

—He de ser franco; lo temía.....dijo.

—¿No te parece bien?

—Según. El duque ha derrochado tontamente una gran fortuna. No le queda un sueldo, y vive de préstamos concedidos con la gran garantía de ese título que te lisonjea. Ha encontrado un usurero que le ha dado un millón, con la firma de Langou por hipoteca. Sin este recurso, alguaciles y escribanos hubieran caído sobre el castillo de Vaudrey; pero ese millón está gastado ya. El duque no tiene ni una casa, ni una granja, ni una pulgada de tierra en otra parte. Nosotros, por oficio, tenemos que estar al pendiente de estas cosas.

Noel Bresson las conocía además perfectamente, porque el prestamista del millón era él mismo por medio de un tercero.

—Pero su ruina, continuó el banquero, no sería más que la mitad del mal, porque tú eres rico, inmensamente rico.....

—Luego.....

—El duque es jugador. Las cartas se le han llevado la mitad del patrimonio: el resto lo ha derrochado en locuras.

—Pero, en fin, dijo Luisa temblando.

- No le daría, pues, á mi hija.....
- ¡Ah!
- Si tuviese una de veinte años.....
- Tienes razón. Hago mal.
- No te desanimes.
- ¿Cómo?.....
- Tú eres mujer de juicio.....tienes experiencia, y antes de acabar, permite que te vuelva á preguntar: ¿Le amas?
- Supongámoslo.
- Pues cástate.
- Pero.....
- Con algunas precauciones le dominarás, como el Monte Valeriano á Longchamp.
- ¿Qué precauciones?
- Nada más fácil. Respecto á tu fortuna, os casais con vuestros derechos respectivos, estableciendo la separación de bienes. Total: un contrato en cuatro renglones. Así no hay confusión de intereses. Tú conservas la llave de la caja que es la palanca más fuerte. ¿Comprendes?
- Perfectamente.
- Lo demás déjalo á cargo de tu irresistible hermosura.—El barón suspiró.—Es imposible que el duque no te ame apasionadamente. Su vanidad quedará satisfecha, si no es más ciego que pródigo. Y si, pensando lo peor, llegase á defraudar tus esperanzas, ¿no queda el supremo recurso del divorcio? No te pondrá el duque en este caso.
- ¿Luego apruebas mi matrimonio?
- Yo apruebo todo cuanto puede agradarte.

- ¡Que bueno eres! —exclamó la baronesa.
- Lo era. La muerte de Santiago me ha hecho ex-éptico, incrédulo, hasta cruel. Procura ser feliz, Luisa. Tienes inteligencia, discreción y buenos sentimientos. Convertirás á tu marido. No es fácil resistir á tal consejero.
- ¡Dios te oiga!
- ¿Cuándo será el matrimonio?
- Espera mi contestación; pero han de pasar algunas semanas.
- El barón sintió un estremecimiento, pero se reprimió al instantel
- ¡Al fin! —se dijo.
- Luisa se había puesto en pie, iba á retirarse. Eran las doce de la noche.
- Al observar en ella cierta vacilación, dijo el banquero:
- ¿Tienes algo que pedirme?
- Sí.
- ¿Qué es?
- No me atrevo.
- Eres demasiado tímida. ¿Tan grave es?
- No, una friolera.
- Vamos.
- ¿Quieres darme un gran placer?
- Pregunta exousada.
- Me gusta mucho la quinta que Santiago y yo hicimos.
- ¿En Dieppe?
- Sí.
- ¿Quieres que te la ceda?

—Deseo que se me adjudique si alguna vez hacemos partición de bienes.

—Me alegro de que me proporciones esta ocasión de complacerte.

—¿Accedes?

—No solo accedo, sino que te la ofrezco. Será mi regalo de boda.

—¡Regalo regio!

En un arrebató de júbilo presentó su frente al banquero, que apoyó en ella sus labios.

—Estoy pagado con exceso, dijo.

El barón la acompañó á su casa, pasando por los jardines.

Las flores primaverales exhalaban dulces aromas en la apacible noche, y á la pálida luz del gaz la yerba de los jardincillos parecia suave y sedosa felpa.

—¿A dónde irás después de la boda? preguntó dulcemente el banquero.

—Si me hubieses negado la quinta de Dieppe, me hubiera refugiado en cualquier parte, menos ahí, dijo la baronesa señalando su casa, donde tengo demasiados recuerdos. Pero puesto que me la has regalado pasaré en ella la noche de bodas y parte del verano.

El barón estrechó la mano de Luisa y volvió á su casa.

Sus facciones cambiaron de aspecto y se tornaron sombrías y amenazadoras.

Mi6 un momento el retrato de su hermano y dijo:

¡Serás bien vengado!

Luisa al subir á su suntuosa morada:

—¡Es mejor de lo que yo creía! pensaba. ¡Con qué facilidad se le lleva! ¡Qué débil es el hombre más fuerte ante la mujer más sencilla!

Esto es cierto... en general, pero Luisa Renaud tenia en frente un enemigo capaz de burlarse de media docena de diplomáticos y de meter bajo la ve á todos los héroes de la calle de Jerusalén, con su jefe inclusive.

Luisa incurria en el error de no desconfiar del banquero, pero si los criminales ne cometiesen indiscreciones, la justicia seria impotente y el mal de perteneceria á los malvados.

XII

PROYECTOS.

Al día siguiente de su conferencia con el barón, Luisa montó á caballo á las nueve de la mañana.

El tiempo estaba delicioso.

Paris brillaba en todo esplendor bajo un radiante sol de primavera.

La bella viuda llevaba una rosa roja.

Era la señal convenida con su amante para indicar el éxito de la consulta.

El consentimiento le causaba gran alegría, pues no quería enemistarse con su cuñado.

La lisonjeaba continuada interesada en la célebre casa de banca de Bresson, cuyos rendimientos la permitían arrastrar regios trénes y lisonjeaban su vanidad de mujer opulenta.

El duque opinaba de otro modo.

Hubiera querido venderlo todo; la casa de la avenida de Messina y el castillo de Laugou; cuanto traía á su memoria odiosos recuerdos.

Pero Luisa le dirigía á su antojo y vencía con una palabra ó una mirada todas sus resistencias.

Se burlaba de los temores que á veces se leían en su frente como en un libro abierto.

El duque, en ocasiones, creía ver fantasmas y oír misteriosas voces.

Explicaba á su cómplice su espanto, de lo que ella se reía, diciéndole con voz burlona:

—Sueñas, querido mío. Eres víctima de una alucinación. Nada de lo que te tortura ha sucedido. Eres joven todavía y serás rico; tienes un nombre ilustre... ¿Qué te falta para ser envidiado?

Se le imponía con su altivez, su audacia y su desprecio de las conveniencias sociales.

—Pasaremos por medio de todo el mundo, y el mundo nos saludará quitándose el sombrero le decía.

Cuando lograba devolverle la confianza, no podía menos de admirarle.

Era verdaderamente hermoso.

No puede concebirse tipo más perfecto de elegancia aristocrática y de fuerza distinción unidas.

Desde que sumiso y carifoso había vuelto á sus piés, la baronesa volvió á amarle con su antigua pasión.

Aquel día sir Black, el caballo favorito de la baronesa, llevaba la cabeza erguida como satisfecho de su señora. Su pelo relucía como la seda y su cuello se movía con gracia.

La viuda estaba sumamente tranquila.

Todas las dificultades desaparecían como por encanto.

Había dado el paso más difícil y peligroso.

El duque la esperaba en la Puerta Maillot.

Débil sonrisa apareció en su rostro al distinguir la rosa.

—¡Ha salido bien, según veel dijo.

—Divinamente.

—¿Aprueba el barón tus proyectos?

—En absoluto.

—Es demasiado, dijo el duque. Ese banquero me asusta.

—Dejémonos de temores ridículos. Todo se arregla y el desenlace está próximo. He recibido ya un regalo de bodas.

—¿De quién?

—Del barón.

—¿Qué te ha regalado?

—Una cosa que me gusta extraordinariamente.

—¿La quinta de Dieppe?

—Justo.

—Es muy hermosa.
—La mejor de la costa. Los dos hermanos han hecho allí locuras.

—Por ti.

—Confesarás que eres muy injusto con el barón.

—Lo confesaré sólo por complacerte.

—El es más indulgente. ¿Crearás que no estaba yo muy tranquila al explicarle mi proyecto? No te tiene en olor de santidad. Arruinado, de costumbres medianas (la aventura de Pielau lo prueba,) jugador, te engañaría si te dijera que un hombre tan formal como el barón te estima en absoluto. Se ha limitado á manifestarme que cabe esperar una radical conversión, y á indicarme el remedio que ya conocía yo, para evitar mi ruina.

«Vicios de juventud, me ha dicho después, hablando de tus locuras, de que la experiencia y los años curarán al duque»

Y ha añadido á manera de conclusión:

«El nombre es ilustre y haces bien en tratar de levantarlo.»

—Todo va bien, por consiguiente, y sólo hay que decidir una cosa.

—¿El día del matrimonio?

—Sí.

—Cuando quieras.

—Dentro de un mes. Lo preciso para arreglar los papeles.

—Sea.

—El programa ya le tengo arreglado.

—Ayer.

—Por la mañana, el contrato en cuatro palabras. Cada uno aporta sus bienes al matrimonio. Separación completa. Ningún invitado á presenciar la firma. Testigos, el barón y los íntimos de la casa. A la alcaldía después, y luego á la iglesia, sin ruido. Demasiados curiosos habrá, te lo aseguro. Partimos para Dieppe inmediatamente. E-tamos allí unos días, ó lo que quieras. Luego recorreremos el mundo, los baños, ó vamos á restaurar Laugou, á tu elección. Quiero que esta mansión sea digna de los duques de Veaudry.

El rostro del duque manifestó cierta inquietud. Luisa hizo un gesto de desdén.

—A mi no me asustan los recuerdos, dijo. Los desafíos. Si no se habitara en los castillos de Francia en que ha ocurrido algún drama, estarían en ruina todos. ¿Tienes algo que oponer á mi plan?

—No.

—¿Podemos, pues, dar el parte oficial del casamiento?

—Perfectamente.

—Oye, dijo Luisa con frase lenta, desde el día en que yo sea duquesa de Vaudrey el pasado no existe.

—Bien.

—¿No se hablará ya de él?

—No.

—Lo borrarás de tu memoria, y marcharás erguida y alta la cabeza, sin recaer en desfallecimientos indignos.

—Tú mandarás y yo obedeceré.

—¿Qué le hemos de hacer? La fatalidad tiene la culpa de todo. ¿Por qué se han interpuesto en nuestro camino los muertos?

Pronunció estas palabras con tono feroz, casi trágico, mirando duramente hacia adelante; y sonrió en seguida con gracia encantadora á unos caballeros que le saludaban respetuosamente.

—¿Ves? dijo dirigiendo á su compañero una expresiva mirada. ¿No te lo decía? ¿No se inclina ya el mundo ante nosotros?

Sus proyectos no eran un misterio para nadie.

Continuaron su paseo entre la concurrencia, habiendo desenfadadamente de aventuras de la moda.

A cada paso encontraban gente desocupada, favorecida por la fortuna que, á caballo ó en coche, paseaban antes del almuerzo.

El duque de Vaudrey era conocido por toda la alta sociedad.

La belleza de la viuda del barón y sus codiciosos millones la hacían formar parte de la banda escogida citada al frente de todas las fiestas.

Además, la historia de la imprevista muerte de su marido, medio envuelta en el misterio, lo había puesto, por decirlo así, de relieve.

Excitaba, pues, á su paso, cierta curiosidad. Llamaba la atención, en una palabra.

—¡Ay, querido mío!—continuó Luisa con su tono mordaz—¡si examinásemos el interior de esa clase elegante y frívola, de todos esos ricos que tie-

nen palacio en París, castillo en Provincias quintas en Biarritz, Cannes, Deauville ó en cualquier parte, cuántos dramas, escándalos y vergonzosas comedias descubriríamos! Por eso no tengo remordimientos ni miedo. La vida es un combate, el mundo un campo de batalla. Los fuertes se apoderan de él y arrojan á los débiles. ¡Ya verás qué duquesa hago! Príncipes reinantes conozco cuyo abuelo andaba limpiando carretas; y mira, el padre de ese caballero, á quien siguen dos lacayos, vendía contraseñas ó hacia cosas peores; el hijo ha robado millones. Se sabe, ¡y tú le saludas!

Así era.

El duque se llevaba la mano al sombrero y se descubrió.

—Tan cierto es, concluyó la baronesa,—que la fortuna, por mal adquirida que sea, basta para imponer respeto. El bacero de oro es el dios de nuestra época. Serás millonario, tienes un nombre ilustre, ¡y aun no estás satisfecho! ¡Animo, señor duque!

Su serenidad era verdaderamente asombrosa, Sonreía, dejando ver sus blanquísimos dientes.

Los transeúntes podían creer que hablaba de amor.

—¡Hermosa pareja!—decían, como de Corentino ó Iyona en Plelau, antes de la falta de la infeliz muchacha.

En el círculo de los Campos Eliseos se separaron.

La baronesa se dirigió á la izquierda y el duque á la derecha.

Por la noche, en la Opera, circulaba de palco en palco la noticia. La misma baronesa la participó á los amigos y recibió sus felicitaciones.

¡Duquesa!

Una corona sentaría perfectamente á aquella cabeza de reina.

A las tres semanas se habian publicado los edictos matrimoniales, y Félix, el gran modisto, terminaba los trajes de la novia.

XIII

APARECIDOS EN BRETAÑA.

Durante los siete meses que acababan de transcurrir, Laugou estaba abandonado, Plelau fúnebre, Scaer, triste.

Algunos días antes de la publicación del matrimonio del duque y la baronesa, aconteció en el país una extraordinaria aventura. Cosas que sólo se ven en Bretaña, y sobre todo, en los más desiertos rincones del Morbihan.

Eran las ocho de la tarde y el sol se ponía tras los juncos de la landa, de Lanvaux, allende los cerrillos de Trédion y de Nuestra Señora de Kerdreuen, cuando Corentino Cleguer topó con la loca en la avenida de Plelau,

El pobre mozo había perdido todo su buen humor.

Juanilla soltó, al verle, una carcajada histérica, que excitó la cólera del desdichado.

Estaba desconocido.

Demacrado el rostro, lívida la tez, con algún mechón gris en las sienes, y los ojos profundamente hundidos.

Pero todavía era un arrogante mozo.

Postizada por el dolor, su hermostura era más espiritual. Sus pensamientos eran más elevados. No hay palanca como las penas para levantar el ánimo.

Ivona hubiera hallado más atractivo en el dolorido semblante de Corentino que cuando estaba radiante de placer.

Pero Ivona había muerto. Así, al menos, se creía en el país.

Corentino llevaba luto en el corazón por la mujer á quien tanto había amado y continuaba amando.

Pasaba muchos días en casa de Rebec, pero no procuraban consolarse. Apenas hablaban de Ivona, pero pensaban en ella constantemente.

El anciano maldecía su dureza y se arrepentía amargamente de no haber seguido los consejos del conde.

Había desaparecido su entereza.

—¡Fue por culpa mía! decía á cada instante.

Cruelmente la expiaba.